

842
PQ2242
D38



PERSONAJES FONDO AJES RICARDO COVARRUBIAS

ANDRES ROSWEIN, compositor y poeta.
EL CABALLERO CARNIOLI, rico melómano.
SERTORIO, Violoncelista y profesor de contrapunto
MARTA, su hija.
LEONOR, PRINCESA FALCONIERI.
MARIETA, doncella de Leonor.
JULIA, MARQUESA NARNI
LADY WILSON.
EL PRINCIPE KALISCH.
EL MARQUES DE SORA.
MATEO, criado.

La escena pasa en Nápoles.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DALILA.

I

EN LA CASA DE SERTORIO.

Modesta casita de apariencia casi rústica, situada en una colina, en los alrededores de Nápoles, con vista al mar. Un emparrado circunye las ventanas. Un jardincito plantado de naranjos y de jazmines separa la casa del camino que serpentea al pie de la colina.

En la pieza de Sertorio; un piano cargado de cuadernos de música; sobre un viejo canapé un violoncelo en su caja; algunos tiestos antiguos llenos de flores. Interior muy sencillo y algo estorboso, pero revelando los gustos distinguidos de un artista y los cuidados delicados de una mujer.

Una vieja criada alza el mantel de una mesita de la que acaban de levantarse Sertorio y su hija. Aquél se sienta en un gran sillón cerca de la ventana, cruzadas las manos sobre el vientre y los ojos entrecerrados: mira vagamente en el horizonte la mar, que se tiñe con los colores de la tarde. Marta, de codos sobre la faldaba, se ocupa en un trabajo femenino; de cuando en cuando se inclina sobre la cabeza de su padre y da una ojeada al camino en dirección á Nápoles.

SERTORIO, MARTA.

SERTORIO.

¡Tú no dices nada, hija mía!

MARTA.

No. Temo turbar vuestra tranquilidad; ¡tenéis tan plácido aspecto! El niño que duerme en su cuna no está más tranquilo que vos, padre mío.

SERTORIO.

Me gusta tu comparación, chiquilla. En efecto, si hay dos imágenes que presenten igualmente la vida hu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO 1623 MONTEARREY, MEMORIAS

mana bajo un aspecto feliz y conmovedor, una es, el niño inocente que reposa bajo la cariñosa mirada de su madre, y la otra, un anciano honrado que digiere tranquilamente á la caída de la tarde.

MARTA se sonríe, lo abraza con cariño y se asoma á la ventana.

¡Qué hermosa tarde! ¡qué cuadro tan encantador!

SERTORIO.

¿No es verdad; hija mía?..... Cada día me aplaudo más por haber hecho esta adquisición. No cambiaría yo esta modesta cabaña por los mas espléndidos palacios del Bósforo..... Venero profundamente al Romano que tuvo el feliz pensamiento de edificar un templo á la Fortuna en este delicioso lugar..... Se cree que fué Lúculo, y que la idea de hacerlo la tuvo en una tarde como ésta..... Me parece asistir á esa escena de noble gratitud..... Sí, sobre uno de esos terrados cuyas ruinas de mármol vemos á dos pasos, reclinado en la púrpura de Tiro y coronado de rosas de Poestum, el vencedor del Parto acababa sin duda una de esas comidas célebres en que sabía adunar el fausto á la delicadeza; aspirando suavemente, como yo lo hago ahora, el hálito perfumado de esta hermosa tierra napolitana, seguía con la mirada en el mar enrojecido, y con la imaginación en los mares fabulosos, las blancas velas de los trirremes; el canto lejano de los pescadores de coral, confundiendo con los suspiros de la ola dormida, mecía su éxtasis encantado..... Derrepente, alzando al azul de este cielo sin igual su mirada humedecida por un deleite divino: «¡Ofrezco, exclamó, ofrezco erigir un templo á la Fortuna! Así, hija mía, no lo dudes, así se verificó esta dedicación. Y observa, niña, que el transcurso de veinte siglos ha fecundado aún estas maravillas desde el día en que hicieron el encanto de aquel delicado epicureo. ¡Cuántos recuerdos, cuántas sombras ilustres que él no pudo conocer, pueblan ahora este rincón radiante del mundo, del cabo Miseno al Vesubio, de la tumba del Pausílipo á la villa de Sorrento! Sería yo

pues, más ingrato que un pagano, si, á mi manera, no dedicara yo mi templo á la Fortuna, es decir, hija mía, si no descubriese mi frente para dar gracias al Dios de bondad que me concede estos placeres. [Se descubre la cabeza; después de un momento de meditación se vuelve á cubrir y dice] Hay que confesar, Marta, que el cielo me ha colmado de favores.

MARTA, *distraída.*

Indudablemente.

SERTORIO.

He llegado á la vejez, á esa edad en que el gran beneficio de la vida pierde mucho de su valor para la mayor parte de los hombres; pero yo ahora es cuando gozo de él en toda su plenitud.

MARTA,

Pocos hombres se os parecen, querido padre mío.

SERTORIO.

Dices bien, hay muy pocos. ¿No te parece prodigioso que á los sesenta años haya yo conservado la salud de un atleta? Además, no sé si lo habrás advertido, hija mía, pero estoy dotado verdaderamente de una constitución extraordinaria. No parece sino que la naturaleza, por gracia especial, ha violado en mi persona sus leyes más constantes, alojando en la grosera envoltura de un Hércules el genio de un Ateniese..... Entiendo por genio, Marta, no vayas á creer otra cosa, entiendo únicamente el gusto natural por lo bello que distinguía á los últimos habitantes de la ciudad de Pericles. No tengo pretensiones más altas sobre este particular.

MARTA.

Yo si las tengo. Soy la hija de un gran artista, y me envanesco de ello.

SERTORIO.

Hija mía, si no quieres ocasionarme un sensible disgusto, no juntes nunca al nombre de tu padre ese título banal de artista; ya sabes cuanto lo desprecio. Pero, puesto que lo has hecho, no lo negaré absolutamente: el dios de la armonía, hablando el lenguaje de los antiguos, parece que presidió mi nacimiento. Si, he visto tiempos en que, sin merecer la tacha de presuntuoso, podía yo esperar para este pobre nombre de Sertorio, abandonado á la obscuridad y al desprecio.

MARTA.

¡ Al desprecio, no lo creais, padre mío! Veinte veces he oído decir al caballero Carnioli que él os juzga como el mejor violoncelista y como el primer compositor de nuestra época.

SERTORIO.

¡ Bah! ¿ eso dice Carnioli? Ese es una especie de loco y, lo que es peor, un hombre desmoralizado; sin embargo, es inteligente en música, no lo niego. El mejor violoncelista. No; ... eso es falso. sólo que no haya oído á Batta. Pero ¿ dónde me ha oído tocar á mí? porque, hace veinté años, no he salido una sola vez de mi humilde papel de profesor, sino á solas y en familia. ¡ Ah! en efecto; ahora me acuerdo que un día, cediendo á las importunidades de ese loco, le apunté en mi violoncelo el tema de un motete que había yo compuesto. ¡ Ah! ¿ entonces de eso se acuerda?

MARTA.

Tanto se acuerda, que desde entonces ha pasado más de una noche á la intemperie con la esperanza de volver á oiros á pesar vuestro. Se disfraza con un traje y gorra de pescador, y se planta á la sombra de este jasmín, como los enamorados de España. Gertrudis y yo lo hemos reconocido.

SERTORIO, *sonriendose.*

¡ Ah! ¡ traidor! ¿ Con que por un simple motete azota la calle? Quisiera yo saber qué hubiera dicho si le hubiera yo tocado solamente ocho compases de mi canto del *Calvario*.

MARTA.

Y ¿ cuándo oiré yo ese famoso canto del *Calvario*?

SERTORIO.

La noche de tu matrimonio, hija mía, como te lo he ofrecido. Desde ahora eres capaz de apreciarlo; pero prefiero reservarlo para esa solemne ocasión. ¡ Oh! ¡ aquello será precioso, hija mía! O yo me engaño, ó tienes que derramar muchas lágrimas.

MARTA,

Y si no me caso, ¿ no la oiré nunca?

SERTORIO.

¿ Por qué no te has de casar? ¡ Vaya una suposición extraña! ¿ Qué te falta, pues? En primer lugar, eres graciosa y bonita, aunque un poco sería siendo una niña. Además, yo creo que eres una belleza. En segundo lugar, aunque nunca, á Dios gracias, hayas tenido ni debes tener el descaro de presentarte en público, lo cual en una mujer es el último grado de la desvergüenza,—tienes en música muy grandes conocimientos que cualquier hombre de gusto tiene que apreciarlos. En cuanto á eualidades morales, llevarás al hogar de tu esposo un tesoro de virtudes domésticas.—A estas concideraciones de primer orden debes agregar mis trescientos escudos de renta, el producto anual de mis lecciones, y, por último, esta casita que pienso dejar á tu nueva familia.

MARTA.

Padre mío.

SERTORIO.

Por supuesto, rógandote que me apartes en ella un lugarcito. . . . porque, sin tí, hija mía, no hay goce para mí en el mundo. . . . ¡Tú eres el sol que todo lo ilumina; tú conciertas la armonía en mi vida! Bueno, después de esto, yo te lo psegunto, ¿qué te falta para casarte?

MARTA, sonriendo y confundida.

Pero, padre mío, me juzgáis con mucha benevolencia. . . . Y habéis de ser muy exigente. . . . muy ambicioso para mí.

SERTORIO.

¡Ambicioso, gran Dios! ¿Y qué ambición pue lo tener en este mundo, si no es la de verte feliz? Vaya, hija mía, que haya un joven que te agrade, el primero que llegue, y le abro mis brazos sin vacilar.

MARTA, alzando los ojos con una atención particular.

¿El primero que llegue?

SERTORIO.

Si, el primero que llegue; tal es mi confianza en tu gusto y en tu buen juicio. La elección que tú hagas me responderá de las cualidades personales de mi yerno. En cuanto á su profesión y posición social, me son indiferentes, que sea rico ó pobre, príncipe ó pastor, todo me es igual;—pero con tal que no pertenezca á la detestable casta de los artistas. . . . Elige, pues, hija mía, con toda libertad. . . . Y, ya que hablamos de esto, ¿no tienes alguna confidencia que hacerme? La oiré con mucho gusto, niña mía.

MARTA.

Ninguna. No he pensado en eso; es, pues, inútil hablar de ello.

SERTORIO.

¿No? Y ese joven Crocellí, ese empleado que vemos los jueves en casa de la Señora Santa-Tede, y que siempre juega conmigo una partida de ajedrez,—de corbata blanca,—¿crees que verdaderamente le guste ese juego?

MARTA.

Si lo creo.

SERTORIO.

¡Ah! ¡Bueno! Por lo demás, yo no he sabido más de él sino que es trabajador y que no tiene bigotes, lo cual en un joven es señal de muy buen sentido.

MARTA,

No lo he notado.—¡Padre mío, ved la puesta del sol en el mar!

SERTORIO.

¡Hermoso espectáculo! (Hace una pausa) Un poeta diría que el divino Febo,

Pone una escala de oro
á las rubias Nereidas,
Para el descenso rápido
á sus palacios húmedos.

Y son versos Regáñame, hija mía, regaña al viejo loco de tu padre.—Pero, son buenos Se los daría yo á Roswein para su ópera ¡Eh! diría que son demasiado clásicos.

MARTA.

A propósito, padre mío, ¿no os parece extraño que el Señor Roswein no haya venido hace más de quince días?

SERTORIO.

No, hija mía. Debe estar muy ocupado en sus ensayos. Ser poeta y compositor al mismo tiempo es una tarea que no tiene nada de sencillo ¡Pobre Andrés! ¡va á sufrir una prueba muy dura su delicada salud de señorita!

MARTA.

¿No habéis oído decir que está enfermo?

SERTORIO.

Al contrario. El caballero Carnioli, que por poco me estrella ayer en la calle, me gritó desde su coche: « Buenos días, maestro Andrés está bueno » Después me dijo algo que ya no pude oír ¡Es un torbellino ese Carnioli! Pero ¿qué tienes, hija mía? te veo turbada inquieta.

MARTA, tomando un periódico de la mesa.

¿No habéis leído este periódico? Anuncia para esta noche la ópera del Sr. Roswein

SERTORIO, vivamente.

¿Para esta noche? es imposible, Marta.

MARTA.

Mirad Esto me ha tenido preocupada todo el día.

SERTORIO, leyendo.

« Teatro San-Carlos.—Para esta noche, 15 de Mayo, primera representación de LA TOMA DE GRANADA, ópera en tres actos; letra y música del joven maestro dálmata Andrés Roswein. La asistencia de la corte dará mayor lucidez al espectáculo, que con tanta impaciencia ha sido esperado por los dilettanti. Es sabido que el maestro, conocido en Nápoles por muchas otras composiciones, es el discípulo favorito del sabio Sertorio.» 15 de Mayo esta noche en efecto Eso fué lo que me dijo Carnioli y que yo ya no pude oír ¡Está bien! [Con la mano trémula devuelve el periódico á su hija]

MARTA,

¡ Apenas es creíble, padre mío, que Andrés no os haya enviado una invitación para la función de esta noche!

SERTORIO, con amargura.

¿Qué tiene de increíble? ¿qué, no te fijaste? [Toma el periódico.] ¡ Ah! ¡ el sabio Sertorio! Si, cae bien en un reclamo! ¡ mi discípulo favorito! . . . ¡ es indudable!— y muy agradecido! . . . ¡ por supuesto!

MARTA.

Yo creo que es una equivocación de este periódico, padre mío ¡ Un desprecio tan grande por vos, á quien debe lo que es, sería sorprendente y muy indigno!

SERTORIO.

¿ Sorprendente? de ningún modo. Indigno, ¡ eso es otra cosa! [Con emoción creciente]. Si, que este muchacho, á quien he enriquecido en breves años con toda

la ciencia de mi larga vida, cuyo genio he fecundado con el ardiente fuego de mi alma, en cuyas venas he derramado la mejor sangre de mi corazón, que este muchacho, desde el momento de su primer triunfo, desprecie á su viejo maestro, al padre de su espíritu, y lo deje á la puerta como á un lacayo . . . si, eso es indigno! . . . Perdóname, hija mía; tú me has visto sufrir con paciencia muchas ingratitudes; pero ésta me hubiera sido menos dolorosa si recibiera el golpe de la mano de un hijo; . . . si, de la mano de un hijo, es la pura verdad!

MARTA, abrazádo.

Padre mío, tened paciencia, y ya veréis como todo esto va á tener una explicación satisfactoria.

SERTORIO.

Si todo está explicado, hija mía. No es ahora cuando conozco esta gente. [Se levanta y anda con precipitación]. Si se necesitara un blasón para los siete pecados capitales, yo me encargaría de darlo: una pluma y un pincel, un cincel y un arco de violín! No parece, Marta, sino que pesa una especie de maldición sobre el nombre de artista con que se engalanan todos los que, á cualquier título, talan ó saquean el campo del ideal . . . Ahí está Roswein: si algún rostro humano lleva impresa la marca de un alma noble, sencilla, leal, es el dulce y severo rostro de ese joven. Pues bien, ya lo ves, aun no da dos pasos en su fatal carrera, cuando se vuelve y nos muestra la frente de un traidor. De grado ó por fuerza escribe en la primera página de su vida de artista una acción cobarde . . . ¡ tenía que calzarse la espuela!

¡ Ay! hija mía, he tenido en mi vida, y tu lo sabes, un momento terrible: aquél en que, próximo ya á recoger en el aplauso público el fruto de mis entusiastas vigilias, sentí repentinamente que mis dedos y mi cerebro se entorpecieron como heridos por la parálisis; esta timidez morbosa y aterradora, que me ha perseguido en todas partes, siempre que he pretendido, bajo diversas formas,

de llamar el raudal de armonía que hierve en mi cerebro, ese extraño y ridículo defecto me hundió en los últimos abismos de la desesperación . . . Pero después ¡ cuántas veces he dado gracias á Dios por su paternal rigor! ¡ cuánto lo bendigo, sobre todo ahora, en la paz de mi conciencia y en la dignidad de mi vejez! ¡ Marta lo toma del brazo y anda con él.] ¿Qué hora es hija mía?

MARTA,

Están tocando el ANGELUS en las Camáldulas.

SERTORIO.

¡ El ANGELUS . . . ya! — ¡ Vaya! lo que es ahora ya no puede venir . . . se acabó . . . ¡ Hoy y siempre será un ingrato! [Andrés Roswein entra y se arroja en los brazos de Sertorio.]

SERTORIO, ROSWEIN, MARTA.

ROSWEIN, abrazándolo con fuerza.

¿Qué os he hecho, á vos? ¿por qué he merecido esto? ¿quién es injusto? ¿quién es ingrato? — ¡Ay Dios! ¡qué hombre!

SERTORIO.

¡Basta! ¡ya está! ¡ya está! no me ahogues, muchacho . . . ¡Me alegro mucho de verte, amigo mío! . . . estoy muy contento. Es este periódico, este imbécil periódico que anuncia tu ópera para esta noche.

ROSWEIN.

Tiene razón.

SERTORIO.

Entonces tienes que confesarme, hijo mío, que me asistía algún derecho para esperar de tí hoy un mensaje,

un recado cualquiera, y que, no habiéndolo recibido cuando ya es de noche, debía yo perder toda esperanza?

ROSWEIN.

Es verdad, querido maestro; desde esta mañana os hubiera enviado vuestro palco; pero me creí obligado á daros un último abrazo antes de entrar al combate En mis primeros instantes de libertad, me he apresurado á venir.

SERTORIO.

¡ Bien, Andrés, muy bien ! no hablemos más de ello. Yo soy el culpable. ¿ Con que formalmente es esta noche ?

ROSWEIN.

Muy formalmente.

SERTORIO, frotándose las manos jovialmente.

¡ Oh ! ¡ Demonio ! Pero, dime, muchacho . . . ¿ sabes que la cosa es muy grave ? Y, á lo que veo, ¿ tú te ries ? Marta, ¡ mira cómo se rie ! Estos jóvenes son capaces de reirse en la boca del cañón. Veamos, Andrés, sé franco, ¿ qué sientes verdaderamente al ir acercándote al momento crítico ? ¿ Qué experimentas en tu interior ? ¿ Te falta algo el valor, verdad, muchacho ?

ROSWEIN.

Me encuentro en un estado singular. Siento que hablo y que ando, como si anduviera y hablara bajo una bóveda sonora. Aunque he pasado las últimas tres noches corrigiendo mi obertura, me parece que ya nunca he de tener necesidad de dormir. Me siento tan ligero como un pájaro, y no sé como no me echo á volar, porque tengo mucho miedo.

SERTORIO.

¡ POVERO !—Pero, sin embargo, ¿ estás satisfecho ? ¿ Los ensayos han sido suficientes ? Dinos algo, acerca de eso Tu tenor, tu prima dona, tu orquesta, ¿ están bien ?

ROSWEIN.

La orquesta, superior. Además, yo no voy á dirigirla. El tenor es Chiari, ya sabéis Hay cosas que no dice mal por ejemplo, el canto de Boabdil, al fin del tercer acto En cuanto á la prima dona, es una necia, y sabe música como un Inglés, con esto . . . Pero tiene un contralto soberbio, y, haciéndola ensayar, va marchando.

SERTORIO.

¿ Oyes eso, Marta ? Todavía está ensayando á la prima dona para que marche Pero, joven, qué vas á hacer con eso ? no se trata de una cosa cualquiera . . . Cuando en mi tiempo pretendí lanzarme al teatro, nunca pude doblegarme á las exigencias de esas creaturas: ¡ tienen un aplomo infernal ! Me acuerdo que, cuando me encontré con una en un pasillo (sabes que los teatros están llenos de pasillos), me pegué contra la pared como una tabla, ¡ Ah ! ¡ bribonas !—Veamos, qué otra cosa quería yo preguntarte ? ¡ Ah ! ¿ cómo juzgan tu ópera esas gentes de teatro ?

ROSWEIN.

Ya me lo dirán á media noche.—¡ Ah ! querido maestro, si hubierais consentido en asistir á alguno de los ensayos, estaría yo ahora más tranquilo; porque la verdad es que tengo más miedo de vos que del público.

SERTORIO.

Amigo mío, tuve muchas y excelentes razones para no acceder á tus deseos. En primer lugar, mi opi-

nión será más segura, más completa, y te será más provechosa refiriéndose al conjunto de la obra. En segundo lugar, he podido, en conciencia, declarar á diestra y siniestra que no conocía una sola nota de tu ópera, de manera que ninguno tendrá el derecho de asociar mi nombre al tuyo, y de decir: « Sertorio por aquí Sertorio por allá, » lo cual hubiera podido lastimarte y desflorar tu corona.

ROSWEIN.

¡Mi corona! ¡Dios os oiga! ¡porque, si caigo, soy hombre muerto!

SERTORIO.

¡Vamos, Roswein, valor! ¡nada de debilidad, hijo mío! ¡que demonio! cae uno y se levanta. Además, tú te pones en lo peor: ¡podrá sucederte á tí algo que se parezca á lo que yo he sufrido, yo que te hablo? . . . Figurate, Andrés, el gran teatro de la Opera de Viena lleno hasta reventar, y, en primera fila, la corte imperial de Austria, que bien vale tu cortecilla de Nápoles: me presento, con mi *violoncello* en la mano, un silencio imponente reina en la concurrencia; me siento; coloco mi arco, . . . después quiero preludiar . . . ¡Oh! ¡poderoso Dios! ¡mis dedos parecen de fierro, . . . mi brazo está inerte! el público murmura . . . era natural . . . Quiero hablar, ¡y quedo estupefacto, inmóvil, frío, como la mujer de Lot! Estallan los gritos y los silbidos, y me llevan del foro, desvanecido!—Mira lo que puede llamarse una caída, muchacho, y sin embargo, ya lo ves, no estoy muerto, aunque es verdad que sólo el recuerdo de aquel instante me hace sudar hasta la raíz de los cabellos.

MARTA,

Y para tranquilizarlo ¿le contáis eso, padre mío?

SERTORIO.

Sin duda: ¡es para darle valor! . . . ; Ea, valor [dándole una palmada] grande hombre! Y ¿á qué hora comienza la función?

ROSWEIN.

A las nueve. Tenéis hora y media. Aquí está vuestro palco: hay un lugar para Gertrudis.

SERTORIO.

¡Ah! ¿te acordaste de la vieja Gertrudis? ¿Lo oyes, Marta? se acordó de la vieja Gertrudis ¿Dices que á las nueve, amigo mío?

ROSWEIN.

Si, maestro. He venido en un coche de tres asientos, que pongo á vuestra disposición, . . . porque, yo, voy á esperar aquí al caballero Carníoli, que fué á dejar un boleto aquí cerca,—á la casa de la princesa . . . no sé cómo se llama, y que me ofreció venir por mí.

SERTORIO.

¡Ah! . . . y á propósito . . . ¿qué dice en esta ocasión tu Carmoli?

SERTORIO.

¡Oh! está convulso: se rie á carcajadas y ruge como un tigre; baila, canta, interroga á los transeúntes, invoca al cielo, amenaza al público . . . Es un drama, una comedia y un baile al mismo tiempo . . . Se ha pasado tres noches en mi cuarto copiando los papeles y preparándome café, llamándome unas veces su alma y su vida, y otras belitre y bribón, usando ese estilo extravagante que vos le conocéis . . . ¡Ah! ¡es un protector terrible! . . . pero ha sido muy bueno, nunca podré olvidar que, sin él, á la hora de ésta estaría yo pastoreando cabras en mis montañas.

SERTORIO.

Es verdad. Le debes mucho. El sacó el trozo de mármol de la cantera. Por otra parte, sabe música,

no se le puede negar, y, además, hace un buen uso de sus riquezas. ¡Lás tina que á las virtudes de Mecenas adune las costumbres de un granadero! . . . ¿ Habré soñado que lo nombraron embajador en Madrid ?

ROSWEIN.

No, no lo habéis soñado. Esta noche, luego que se haya decidido mi suerte, marchará á su destino.

SERTORIO, pensativo.

¡ Ah ! va á España . . . ¡ Demonio ! pero no me explico cómo la austera España . . . En fin, eso le toca á ella.

MARTA.

¿ Pero, padre mío, ¿ qué no os aderezáis un poco ?

SERTORIO.

¿ Un poco ? Podías decir mucho, porque en esta ocasión, Marta, pienso desplegar un lujo oriental . . . ¿ Mi chorera de malinas está servible, hija mía ? . . . ¿ si ? . . . pues bien, ve, tú, chiquilla, á vestirme y á ponerte hermosa. A mí me bastarán dos minutos, y deseo hablar con Roswein á solas. (Sale Marta).

SERTORIO, ROSWEIN,

SERTORIO, con gravedad.

Hijo mío, cuando sale de mis manos un discípulo, me creo obligado á darle algunos consejos que adapto, hasta donde me es posible, á su carácter, á su talento y á su probable porvenir. Sin embargo, aunque yo considero esta última lección como el coronamiento esencial

de mi obra, no se la impongo á ninguno. Así pues, yo te pregunto, Andrés, si te conviene escucharme, y si quieres aun, por breves instantes, reconocermela autoridad del maestro, del anciano y del amigo ?

ROSWEIN.

La autoridad de un padre, de un padre querido y respetado, maestro Sertorio, y no por breves instantes, sino por mi vida entera.

SERTORIO

Te lo agradezco, joven; pero, no te ofendas, me concedes más de lo que pido, y mi ruda experiencia me obliga á añadir: más de lo que espero. Pero, no importa. ¡ Ea ! siéntate, te lo suplico. (Le da una silla, y él se sienta enfrente en su sillón).—Andrés Roswein, entre las diversas ramificaciones del sublime arte que hace siete años ha sido el objeto de nuestros estudios, has escogido, para esculpir tu obra maestra, la rama dramática . . . No te hago por esto ningún reproche: un joven tiene que sacrificarse á la moda hasta cierto punto; pero si logras, como tu talento me lo hace esperar, alcanzar el favor del público bajo esta forma popular, me lisongo de creer que aprovecharás tu fama para glorificar las fuertes y viriles composiciones de nuestros padres. Entiendo por esto, en primer lugar, la música sagrada, que parece devolver á Dios el más hermoso de sus dones; entiendo el *o'atorio*, (si) *epopeya* de la armonía; entiendo también la sonata y el *concerto da camera*, llamada también música de cámara; obras severas, nobles recreaciones del genio, que la futilidad de los modernos ha querido substituir con fantasías, canciones y romanzas, producciones todas de la impotencia que sólo hacen la delicia de los tontos—Guárdate, como del pecado, de los sonos callejeros y de la musiquilla de salón. No halagues el gusto de las gentes sino para corregirlas paulatinamente. Procura llevar á las multitudes al santuario, y nunca salgas de él.—Honra á los antiguos y á la escuela. Escribe

atrevidamente en tu bandera estas dos grandes palabras ó mejor estos dos grandes principios que son la burla y el terror de la ignorancia: ¡el *contra punto y la fuga!* Es lo mismo que si escribieras con todas sus letras: Palestrina, Pergoleso, Bach, Haydn, esos nombres de gigantes. [Se anhma.] ¡El *contra-punto y la fuga* siempre y para siempre! Y oye, Andrés; á todo el que se crea músico y que desdeñe estas dos bases eternas del arte, dile de mi parte, de parte de Sertorio, que no es más que un músico callejero, . . . que no es más que un bastardo, peor que un bastardo, porque no conoce ni á su padre ni á su madre; es un poeta que desprecia su lengua materna; es un sacerdote que reniega de la Biblia y de los Evangelios! . . . (Se detiene, y con voz baja y tranquila, continúa.) Aquí terminaré, amigo mío, la parte profesional, digamos así, de esta instrucción. Como ves, no es ni puede ser sino un breve resumen del espíritu dominante de mi enseñanza.—¿Tienes alguna objeción que poner, hijo mío?

ROSWEIN.

Ninguna, maestro. Os prometo conservarme fiel á la dignidad de mi arte y á las puras tradiciones que me habéis transmitido.

SERTORIO.

Está bien. Ahora, mi querido Andrés, el maestro es el que ha hablado; tócale su turno al amigo y al anciano. [Se recoge un instante y prosigue.] Andrés Roswein, el cielo te ha dotado con una munificencia que siempre he admirado: te ha hecho músico y poeta, ha puesto en tus manos la lira y el arpa; ha exaltado tu frente para colocar en ella dos coronas. . . . No olvides que la ingratitud se mide por el beneficio. No tienes más que un modo de pagarle á Dios sus bondades: te ha concedido el genio, vuélvele tú la virtud; te ha hecho grande, sé honrado. Y si no basta que tu conciencia te imponga esta obligación, te diré

también, Andrés, que sólo á ese precio adquirirás tu porvenir y tu gloria. Sí, si no quieres, como tantos otros, desaparecer del mundo del arte después de una noche esplendorosa, si no quieres que te falte el aliento á la mitad de la carrera, si te interesas en llegar á la cumbre con tu noble carga, arregla tu corazón y tu vida; ciñe tus lomos esforzadamente, y preserva con cuidado tu viril juventud. Un cuerpo gastado no oculta más que un espíritu desfallecido. No esperes, joven, encontrar una inspiración sincera y permanente en las emociones del desorden, en el ardor de los sentidos y en las excitaciones morbosas de las pasiones: el delirio no es la fuerza. La austera y serena contemplación de las maravillas de Dios y de las miserias del hombre; el reflejo de la obra divina en una inteligencia superior, he aquí el eterno y único fuego en que se enciende la inspiración de un poeta digno de este nombre.—Acuérdate que los antiguos, nuestros maestros, llamaban con el mismo nombre á la virtud y á la fuerza, al orden y á la belleza. Acuérdate que, en sus profundas alegorías, hacían á las Vestales los custodios del fuego sagrado,—á las Musas castas,—y á Venus idiota. Bástame decirte que no me son desconocidos los peligros que te esperan, las tentaciones que asedian la vida calenturienta del artista, y los filtros que se dulisan en sus venas siempre ardorosas. . . . Pero, Andrés, cuando Dios ha abierto en el alma esas dos fecundas fuentes de placer más que humanas: el sentimiento de lo bello y la potencia creadora, si no tienes el valor de apartar de tus labios la copa con que se embriaga el vulgo, eres un cobarde, y estás perdido. Ya sea que la muerte ó la locura te arrebaten, como á tantos otros, á la conciencia amarga de tu precoz decrepitud, ó que vayas á engrosar los grupos envidiosos y ridículos de los aspirantes de bastidores, de los vagabundos de taller y de los grandes hombres de tabaquería, poco importa, ¡estás perdido!—No dejaré de repetirlo, Andrés: arregla tu corazón y arregla tu vida; ahí está el secreto. En tus noches de desaliento, llama en tu auxilio la sombra de los valerosos y de los fuertes, evoca á esos ilustres benedictinos

Moisés,—Beethoven, nuestro Homero,—Mozart, nuestro Moliere y nuestro Shakspeare á la vez . . . ¡Esos no eran solamente grandes hombres, . . . eran santos! . . . [con emoción]—Y si yo me atrevo á nombrarme después de estos colosos, piensa también alguna vez, amigo mío, en tu viejo maestro; del seno de la gloria que sin duda te espera, vuelve alguna vez tus miradas hacia mi obscuridad. [Se turba su voz.] Vamos á separarnos, amigo mío; vamos á romper la cadena de nuestros comunes estudios y de nuestros entusiasmos; y me causa amarga pena, no te lo ocultaré . . . Nunca había sembrado sobre un terreno más fértil . . . ni nunca mies más fecunda había pagado los cuidados del humilde cultivador . . . Mucho te agradezco, Andrés, las alegrías que me has causado, y á Dios le pido que te las recompense . . . Y ahora [Se levanta, muy conmovido]. ahora, adiós, hijo mío; adiós, discípulo mío muy amado . . . ¡Abrázame!

ROSWEIN.

¡Padre mío! [Llora.]

SERTORIO.

Si, tú eres bueno, lo sé; pero también eres débil, ten mucho cuidado en eso. (Se abre la puerta. Marta aparece vestida de fiesta, con una luz en la mano.)

MARTA.

¿Todavía, aquí, padre . . . cuando ya dieron las ocho?

SERTORIO.

No me regañes, querida. Me bastarán algunos minutos . . . Pero déjame verte, hija mía . . . [Toma la lámpara de las manos de Marta y la contempla.] ¡Oh! ¡oh! ¡diantre! ¡Eh! señor maestro, el hombre de la gran obra, venid á mirar un poco por aquí.

MARTA, soplando la luz y riéndose.

No os habéis afeitado, padre.

SERTORIO.

¿Quieres humillar á este joven, Marta? Le vas á hacer creer que desprecias su parecer. ¿Qué es lo que pasa entre vosotros? . . . He advertido, muchacho, que ésta te da un trato de perros . . . En fin, vosotros os entendéis . . . [Llevando la mano á la barba.] Dime, hijita, esta barba está pasadera.

MARTA.

¡Oh! ¡padre mío!

ROSWEIN.

Manos á la obra, va asistir la corte; no quiero que crean que soy un demagogo: voy á rasurarme. (Sale.)

MARTA, ROSWEIN,

El cuarto está medio alumbrado por los últimos rayos del crepúsculo. Marta se sienta en el alfeizar de la ventana; dirige la vista hacia afuera, apoya un codo sobre la barandilla y la cabeza en la mano.—Roswein se pasea en el cuarto poniéndose los guantes.

ROSWEIN, en voz baja y con enfado.

¡Vamos!

MARTA.

¿Qué hay?

ROSWEIN.

Nada . . . un botón de mi guante.

MARTA.

¿ Se ha arrancado? Esperad. [Se levanta y va á tomar una aguja al costurero.] Acercaos á la luz.

ROSWEIN.

No, yo os lo suplico.

MARTA.

Venid pues. Un guante sin botón es horrible. Necesitáis estar esta noche muy elegante. (Le toma la mano) ¡ Ah! si estáis temblando, os voy á picar.—¿ Estáis nervioso, eh ?

ROSWEIN.

Sí, estoy un poco agitado ¡ Qué hermoso peinado tenéis! Estas grandes trenzas rubias, que sirve de marco á vuestras mejillas y coronan vuestra frente, os dan la apariencia de una reina de vuestras lewendas del Norte.

MARTA,

Demasiado galante.—Vaya, ya está.

ROSWEIN.

Gracias, [Después de una pausa, añade con voz conmovida] ¡ Vos y vuestro padre, sois lo mejor que hay en el mundo!

MARTA, secamente.

Me recordáis al señor Carnioli, al cual presté una vez el mismo servicio, y me dijo que era yo una diosa.

[Roswein alza ligeramente los hombros, y da algunos pasos. Marta vuelve á sentarse á la ventana.]

ROSWEIN, acercándose á ella y apoyándose en la barandilla.

¿ No daban el toque de *Angelus* en las Camárdulas cuando llegaba yo á vuestra ermita ?

MARTA.

Sí.

ROSWEIN.

Todas las campanas de aldea se parecen Sus sonidos me hablan al corazón Me hablan de mi infancia y de mi patria ¡ En quince años apenas, qué cambio en mi vida y en mi pensamiento!

MARTA, con indiferencia

Hace quince años, á esta misma hora, ¿ qué haciais?

ROSWEIN.

Recogía yo mis cabras en la orilla del bosque, y siguiéndolas tomaba yo el camino del valle Las primeras campanadas del *Angelus* en la iglesia de San-Jacobo nos daban todas las tardes la señal de retirada Me acuerdo que me detenía yo en la punta de las rocas para ver encender detras de mí las fogatas de los leñadores bajo las oscuras arcadas de los sabinos;—á mis pies, entre la bruma, los fanales de los pescadores,— y sobre mi cabeza las estrellas. La entrada de la noche perfumaba el viento y teñía el aire de color rosado. De cuando en cuando, la voz salvaje del mar Pirio elevándose como por bocanadas, respondía á los graves murmurios que decendían de las selvas ¡ Qué escenas tan grandiosas y tan tranquilas! ¡ con cuánta alegría inundaban mi alma! No podía yo desprenderme de aquel espectáculo Una gran parte de la noche me quedaba yo de codos sobre mi ventana, perdido en no

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO ALFONSO REYES

sé qué éxtasis muy tierno, derramando lágrimas y mezclándolas con plegarias Después, sin tener conciencia de ello, pasaba yo de esta dulce vigilia á un dulce sueño, como un niño pasa de un ensueño á otro ensueño ¡Era yo feliz!

MARTA.

Formalmente, Roswein, y dejando á un lado la poesía, ¿quisierais gozar hoy de esa felicidad?

ROSWEIN.

¡Sí, Marta! sí, siempre que volviera yo á encontrar, con mi miseria y mi obscuridad, la paz ¡la paz divina de mis primeros años!

MARTA

La paz está en el corazón.

ROSWEIN,

No está en el mío. Ni en mi corazón, ni en mi espíritu. Jamás.

MARTA, fríamente

¿Qué queréis que yo os diga, amigo mío? Tanto peor. [Se voltea.]

ROSWEIN.

Estuve á punto de ser sacerdote, —¿sabíais eso? El anciano párroco de San—Jacobo me tenía grande afecto. Me daba zapatos y me enseñaba latín. Quería instruirme para que pudiera yo ser su sucesor Todavía vive Me he visto tentado algunas veces de hacerle una visita Aquel pobre curato, con su pa-

tio lleno de muzgo, su tilo y su fuente, me parecía un asilo encantado ¿Por qué no? Yo sería un buen cura de aldea No me faltaría nada—¡sólo la fe!

MARTA, con viveza.

Si queréis desatinar delante de mí, señor Roswein, os ruego que sea sobre otros asuntos.

ROSWEIN.

¡Ah! ¡os da cólera, según veo! ¡vos colérica! ¿Pues qué, hay sangre en venas de marmol? ¿el mar de hielo también tiene tempestades?

MARTA, levantándose.

Parece que deseais estar solo.

ROSWEIN.

Os he ofendido os he ofendido ¡Perdón! Es la primera vez en mi vida, y será la última Marta, bien veo que debo alejarme de vos Este papel debe causaros pena; esa máscara de frialdad y de dureza que lleváis sólo para mí, debe pesaros demasiado Yo os libraré de ese peso Ya no me volveréis á ver. Os prometo que no volveré á pisar esta casa, tan querida para mí Antes debiera yo haberos comprendido Os comprendía pero me faltaba el valor. Ahora, está tomada mi resolución, confiad en ella Solamente os ruego que no nos separemos enojosamente dadme la mano la mano como un grato recuerdo recuerdo fraternal. [Marta, que se ha vuelto á sentar, le tiende la mano; Roswein la lleva á sus labios, diciendo en vos baja.] ¡Adios! ¡adios! (Marta vuelve la cabeza, mientras que el joven entra á la parte menos iluminada de la habitación.)

MARTA, después de un momento.

¿Y mi padre, Andrés?

ROSWEIN.

¡Pobre anciano! . . . al menos, que no me crea ingrato, Marta, os lo ruego. Decidle todo cuanto antes. Decidle la verdad.

MARTA

La verdad . . . ¿Será necesario que yo la adivine, Andrés?

ROSWEIN

Decidle que yo os amaba y que vos no me amabais, y le habréis dicho todo.

MARTA, en voz baja

Yo no os amaba . . . no, no podía amaros, Otro género de sentimientos me separaban de vos para siempre.

ROSWEIN

¿Otro género de sentimientos? . . . ¡Vaya! . . . este es el último golpe . . . Yo creía que vos no amarais más que al cielo.

MARTA.

Yo no podía amaros, Andrés, y eso es una felicidad, permitidme que os lo diga, una felicidad para los dos, —para vos sobre todo. La existencia que os está reservada no admite trabas ni estorbos, tampoco admite raíces prematuras . . . Vuestro porvenir quedaría limitado al humilde sueño de vuestra juventud. ¡Nunca me hubiera yo perdonado el haber encaenado á la sombra del hogar doméstico vuestra hermosa vida de artista!

ROSWEIN

¡La vida de artista me es odiosa! . . . Desde que la conozco, mi amor por vos ha aumentado el odio que

ella me inspira. De hoy en adelante ya no tengo contra ella ni sostén ni refugio . . . ¡Hará de mí lo que quiera, . . . sea! pero, por favor, al menos no me la ensalcéis.

MARTA.

¿Pues qué tiene de terrible esa vida? No lo puedo comprender.

ROSWEIN.

¡Ah! vuestro padre me comprendería . . . El sabe demasiado que esa hermosa vida de artista no tiene su morada en esas alturas ideales donde vos lo contempláis, y donde yo también la veía otras veces,—¡entre nubes de oro y bajo lluvias de flores! El sabe en que abismos se precipita, entre estas fugitivas apoteosis. ¡No sin razón, Marta, aplasta él con su desprecio á toda esa concurrencia que frecuenta las regiones malsanas del taller y de la taberna, de los bastidores y del *boudoir*,—á esa turba vanidosa de almas marchitas, de imaginaciones cansadas y de corazones enfermos, que devoran, entre el ruido de estrepitosas carcajadas y de ahogado llanto, pasiones frenéticas y pensamientos desenfrenados! . . . ¡Un Erebo cubierto de llamas y de tinieblas! ¡Un mundo fuera de la verdad; un mundo fuera de la ley, que subleva—y que arrebató! ¡Vuestro padre sabe todo esto! ¡También sabe qué embriagueces circulan en la atmósfera de orgía que allí se respira . . . qué monstruos produce ese ardiente caos, y cuán difícil es, al mejor de nosotros, defendernos de ellos!

MARTA

Vos, al menos, os defenderéis, Andrés. Yo os conozco.

ROSWEIN.

Vos me conocéis, Marta; . . . sí, después de tantos años que mi vida ha sido hermana de la vuestra, debéis

conocerme y creéis que yo he nacido para el bien, ¿no es verdad?

MARTA.

Vos ó ninguno.

ROSWEIN, con animación.

Si, me hacéis justicia ¡ Dios sabe que yo amaba el bien como amo el espectáculo radiante de este firmamento! ¡ También cuántas amarguras me da á beber este mundo! Y sin embargo, me turba me impregna á pesar mío de sus venenos ¡ A los nobles tormentos del arte y del trabajo mezcla no sé qué ardimientos importunos qué insomnios perversos! ¡ Ha atado á mi espalda no sé que jirones de la túnica del centauro! ¡ Ah! ¡ los que de entre nosotros tienen á su lado una madre, una hermana, una familia, cualquiera que les traiga á la memoria á Dios esos son felices! ¡ Tienen el remedio al lado del mal pueden todos los días fortalecer su alma, su talento, su honor, en la fuente del deber y de la eterna verdad! Pero yo, estoy solo . . . Esta vida facticia me envuelve y se apodera de mí sin descanso. Yo no descansaba más que en vos, querida Marta, por el presente y para el porvenir. ¡ Cuántas veces vuestra dulce imagen ha ido á bendecir mis horas de prueba, llevándome el valor, ó al menos el remordimiento! La paz que yo busco, sólo la encontraba en vuestros ojos; al tocar vuestra mano aún en sueños, penetraba en mi corazón esa fuerza que me falta ¡ Ay, Dios! vivir aquí, entre vuestro padre y vos, en la santa y tranquila serenidad de vuestro hogar, bajo el encanto de vuestro semblante, bajo la inspiración de vuestra belleza, bajo la custodia de vuestra virtud! ¡ vivir aquí, morir aquí! ¡ Ay! ¿ porqué llegué á tener tal pensamiento?

MARTA.

Ese pensamiento, sed justo Andrés ¿ he perdonado algún medio para alejarlo de vuestra mente?

ROSWEIN.

Ninguno Cerca de vos, no podía yo engañarme; vuestra acogida, vuestro lenguaje, vuestro mismo silencio,—durante un año,—me revelaban que vos no me amabáis pero apenas me separaba yo de vos, lo olvidaba todo, me acogía yo á la más leve sombra de esperanza, evocaba yo el recuerdo de una mirada menos severa, de una palabra más tierna, escapada á vuestra conmiseración, y eso me tranquilizaba —Hace algunos meses, viéndoos con menos frecuencia, acariciaba más lisonjeras ilusiones; trataba yo de persuadirme que vuestros deberes filiales tal vez comprimirían vuestros secretos sentimientos, que el horror que vuestro padre tiene por el nombre de artista era el único obstáculo que nos separaba

MARTA.

Aunque hubiera sido el único, él hubiera bastado.

ROSWEIN.

¡ Ah! yo lo hubiera vencido.

MARTA.

Nunca, Andrés.

ROSWEIN.

Tal vez esta misma noche Era un proyecto que he venido acariciando ardientemente en mi imaginación una químera con que me regocijaba yo todavía hace una hora, al llegar aquí y que se desvaneció con vuestra primera mirada Así es que ahora, que mi ópera se hunda ó que se alce hasta las nubes, os juro que me tiene sin cuidado.

MARTA.

¿ Cómo? ¿ Por qué? ¿ Creís que vuestro éxito cambiaría las ideas de mi padre?

ROSWEIN.

Poco lo creo; . . . sin embargo, á pesar suyo, me tendría mayor estimación . . . Sabéis como yo, Marta, hasta que punto lo conmueven y lo exaltan los triunfos del teatro, que fueron la ambición de su juventud . . . Me serviría de arma contra él su única debilidad . . . Si alcanzaba buen éxito, me regocijaba con la idea de venir á sorprenderlo en su retiro . . . precisamente en el momento en que menos creería que me acordaba yo de él, hubiera corrido . . . si, y de rodillas le hubiera ofrecido mi reciente gloria, palpitante todavía . . . ¡El hubiera olvidado al artista . . . me hubiera abierto sus brazos . . . me hubiera llamado su hijo . . . me hubiera concedido todo!

MARTA, con voz ahogada.

Intentadlo.

ROSWEIN.

¡Marta! ¿qué me decís?

MARTA.

¡Silencio! Ahí está mi padre.

ROSWEIN.

¡Bondad del cielo!

MARTA, ROSWEIN, SERTORIO, entrando, muy engalanado, con una luz en cada mano y avanza como un relicario.

SERTORIO.

Vamos, venid á verme despacio . . . ¡Eh! ¿dónde están estos niños?—¡Roswein! (Viéndolo) ¡Ay! ¡qué turbado estás, muchacho! Nunca me habías visto tan

guapo, ¿eh? En este momento están viendo tus ojos el traje completo que vestía yo en aquella famosa noche en que me quedé petrificado ante mi augusto auditorio . . . Hebillas de oro, chorrera de malinas, frac tabaco y chaleco rameado,—con pájaros en la faltriquera . . . ¡Vamos, Marta, por fin; ¿cómo me encuentras? porque ninguno de los dos dice una palabra . . . ¿Acaso estoy ridículo?

MARTA.

Estáis muy bien, padre mío.

ROSWEIN.

Estáis encantador y majestuoso . . . Necesito daros un abrazo.

SERTORIO.

¿Qué te sucede? . . . ¿Quieres devorarte mi chorrera? Déjame en paz.—Admirame de lejos, si quieres, y aun me empeño en ello; así podrás tener idea, joven de cómo se presentaba un artista en mi tiempo: la severidad unida discretamente á la elegancia.

ROSWEIN.

Os falta el polvo.

SERTORIO.

¡Nada me falta, muchacho!—Partamos, hija mía, vamos á silbar á este joven insolente.

MARTA.

¡Partamos! Un apretón de manos, Roswein, y mucho valor [En voz baja.] ¡Hasta luego!

SERTORIO, apretándole las dos manos.

Ea! calma, mucha calma.—Si quieres, fuma mientras esperas á Carnioli; atendida la gravedad de las cir-

cunstancias, te permito que envenenes mi domicilio. (Al llegar á la puerta, se vuelve.) ¡Ah! oye, muchacho, si has compuesto música de taberna, de gorgoros de ópera-cómica, vale más que me lo digas desde luego, antes que exponer á tu viejo maestro á una afrenta escandalosa.

MARTA.

No hay nada de gorgoros; ya lo veréis, padre mío. Vámonos. (Salen.)

ROSWEIN, solo.

¿ Es verdad? ¿ es posible? ¡ Con que ella me amaba! ¡ conquella me ama! ¡ me he salvado! ¡ Ya no más zozobras, no más vértigos, no más combates, no más infierno! ¡ Dios mío! os doy gracias y os bendigo desde el fondo de mi alma. [Se acerca á la ventana al oír el ruido del coche que lleva á Sertorio y á Marta: lo sigue con la mirada en medio de la oscuridad creciente.] ¡ Me ama! ¡ Esplendor del cielo, me parece que os veo por la primera vez! ¡ Purísima claridad de las estrellas, canto de las olas, brisas italianas, os vuelvo á sentir, y me inundáis el corazón! [Da algunos pasos en el cuarto.] ¡ Su esposo, ó casta visión de mis agitadas noches, ya no eres un sueño! [Mira en derredor.] Yo amo este cuarto, estos objetos familiares, estos muebles que toca á menudo con su mano aún este aire que agita el roce de su vestido Encerraría yo mi vida en este santuario ¡ Qué placer el trabajar cerca de ella! Cuando venía yo con Carnioli, en la noche, bajo esta ventana, la veía yo, ya inclinada sobre su aguja de hada, graciosa é inmóvil como la estatua de la virtud doméstica, ó ya irguiendo la cabeza, para escuchar mejor á su padre, su cabeza pensativa y grave como la de una musa Me parecía tener á la vista un cuadro de un mundo superior de una vida mejor que la de los hombres ¡ Y voy á tomar mi lugar entre estas dos creaturas de Dios! ¡ Me ama! ¡ Cuán profunda tranquilidad he sentido repentinamente! Mi cerebro estaba lleno de desorden y de tempestades ¡ El soplo de un ángel ha pasado

sobre mi frente! Experimento una paz inmensa, feliz (Después de una pausa.) Ahora todo me es igual [Encendiendo un cigarro] Si caigo esta noche en San-Carlos, sufriré una contrariedad, es indudable, y muy grande; pero yo me levantaré en otra ocasión . . . , ¡ Me cantan cien óperas en la cabeza! será un aplazamiento, nada más (Se sienta en el sillón de Sertorio.) ¡ Sí! ¡ estoy hecho pedazos! Quisiera yo que me dejaran aquí tranquilo toda la noche. || Mira el cielo, medita y murmura frases entrecortadas.) ¡ No, no la engañaré jamás, nunca le haré derramar una lágrima, jamás! Acres seducciones, espectros ardientes, magas fingidas, os desafío, la sombra de sus alas os hará pedazos.—¡ Qué cansado estoy!

UNA VOZ, afuera.

¡ Roswein! ¡ Andrea mío! [En recitado.] É venuto il terribil instante!

ROSWEIN.

¿ Quién me llama?

LA VOZ.

¡ Baja, animal!

ROSWEIN.

Es Carnioli.—Caballero, yo no dirijo la orquesta, ¿ lo sabéis? No tengo que hacer allá abajo Dejadme aquí, os lo suplico.

CARNIOLI, desde afuera.

¡ Poltrón! ¿ Bajarás? [En recitado.] S'il figlio m' abbandona, io son perduto!

ROSWEIN.

¡ Mi buen caballero! ¡ Uf! ¡ diablo de hombre! ¡ Vamos!